

En esta ocasión los corresponsales van a analizar cómo se viven las diferencias entre los vecinos desde los distintos lugares del mundo.

Desde EE. UU.



Borja Sotomayor
borja@borjanet.com

Si hay algo que no le falta a los Estados Unidos son conflictos por todo el mundo. En su variopinta historia, se ha enzarzado militarmente con un popurrí de naciones, desde Vietnam hasta Irak, manteniendo también un estado de permanente mala leche con otras tantas naciones, como Irán y Corea del Norte. Se ha ganado el apodo de «Policía Mundial», aunque últimamente el mantra en EE.UU. es que «combatimos a los terroristas *ahí* para no combatirlos *aquí*».

No obstante, EE.UU. también reparte cizaña de vez en cuando entre sus vecinos de las Américas. Aparte de las (a veces tensas) relaciones diplomáticas con México y Canadá, sobre todo en materia de inmigración y comercio, EE.UU. ha llegado al

La «Policía Mundial»

extremo de invadir o incitar revoluciones en algunos de sus vecinos menos conocidos.

Por ejemplo, todos estamos al tanto del conflicto entre Cuba y EE.UU. y del famoso embargo a la isla, al que todavía se aferran muchos políticos estadounidenses, a pesar de que la «amenaza global» del comunismo hace ya años que desapareció. Sin embargo, un evento menos conocido fuera de las Américas es la invasión de la Bahía de Cochinos: en 1961, un grupo de exiliados cubanos, entrenados por la CIA y financiados por el gobierno de EE.UU., intentaron invadir Cuba con el objetivo de neutralizar a Fidel Castro. Es un evento menos conocido porque resultó ser un estrepitoso fracaso; con el apoyo de la URSS, Cuba frenó la invasión en tan solo tres días.

En 1983, el ejército de EE.UU. invadió la caribeña isla de Granada, donde un golpe de estado resultó en un gobierno pro-comunista. A pesar de contar con el apoyo de algunas naciones caribeñas, esta invasión fue esencialmente unilateral, y fue condenada por las Naciones Unidas y por la Reina Isabel II (Jefe de Estado de la isla de Granada, parte del Commonwealth). A diferencia de la invasión de la Bahía de

Cochinos, ésta sí consiguió restablecer el gobierno legítimo de Granada. Esta invasión, por cierto, es más conocida popularmente por figurar en la película *El Sargento de Hierro*, una de las cintas quintesenciales de Clint Eastwood.

Seis años después, EE.UU. invadió Panamá para reemplazar al gobierno de Manuel Noriega. Aunque nadie niega que Noriega se había convertido en un dictador sanguinario, la invasión de Panamá fue, al igual que la de Granada, una acción unilateral, condenada por las Naciones Unidas y la comunidad internacional. Más recientemente, se sospecha que EE.UU. intervino en la revolución de 2004 en Haití. Según el presidente Aristide, que supuestamente dimitió voluntariamente durante la revolución, su dimisión fue forzada por los EE.UU., que incluso le transportó fuera del país en un avión del ejército estadounidense.

Y la lista sigue y sigue: el apoyo de la CIA a Pinochet en el golpe de estado contra Salvador Allende, la financiación de los «contras» de Nicaragua en los años 80, el supuesto apoyo al golpe de estado en Venezuela en 2002, etc. Nadie, ni mucho menos sus vecinos, está a salvo del «Policía Mundial».

Desde Europa



Iñigo Calvo Sotomayor
www.retaguardia.org

Las fronteras siempre me han parecido lugares extraños.

Por suerte la juventud europea actual no tiene una gran percepción de lo que son las fronteras, dado que el Tratado de Libre Circulación de la UE nos permite viajar desde Lisboa hasta Vilna sin tener que enseñar el pasaporte o conseguir fastidiosos visados.

La generación nacida en las tres últimas décadas creemos que esto siempre ha sido así, pero la verdad es que en la UE

Un buen vecindario

ha habido grandes —y sangrientos— enfrentamientos entre distintos Estados por el control de amplias regiones o pequeños enclaves geoestratégicos.

Como botón de muestra se puede recordar que el general Bismarck proclamó en 1871 la unificación alemana en el mismísimo Palacio de Versalles, tras haber humillado y derrotado al país de Molière en la guerra franco-prusiana.

Este enfrentamiento entre germanos y franceses se volvería a dar en las siguientes décadas a lo largo de dos guerras mundiales y no se diluiría hasta bien entrados los años noventa, ya que incluso al fallecido presidente Mitterrand le dio un ataque de pánico geopolítico cuando cayó el Muro

de Berlín y vio que la reunificación alemana estaba a la vuelta de la esquina.

Afortunadamente, Europa ha obrado el milagro de transformar el concepto de frontera de motivo de guerra a instrumento para asegurar la paz. En este sentido, la actual situación de la UE ha logrado que en el continente casi no existan conflictos territoriales.

De todas formas, cabe destacar dos problemas de vecindad desconocidos por el gran público, pero que siguen latentes en el proyecto europeo.

El primero es la región de Transnistria, una pequeña franja de Moldavia colindante con Ucrania y cuya población es mayoritariamente rusa. El problema surgió